

y buscaba con angustia salvarla y salvarse á sí propio.

Después, como no diese con medio alguno, tomó una hoja de papel y se puso á escribir á la joven. Las lágrimas se secaron en sus mejillas, toda la fiebre le había pasado á la mano, que corría con rapidez.

Por espacio de dos horas no levantó la cabeza y alivió su alma. Era su carta un arranque de amor, una oleada de ternura que rompía los obstáculos y que se extendía sin límites. Todos los afectos, todas las adoraciones reunidas encontraron su salida en aquella confesión. Aquel desgraciado dejóse llevar hasta decirlo todo; entregábase á la fuerza interior que le impulsaba, y desahogaba su corazón, porque la respiración le faltaba y necesitaba aire.

Cuando se sintió más tranquilo, dejó la pluma. Ni siquiera volvió á leer lo que acababa de escribir. Había evitado darse á conocer con claridad, y no puso su firma.

Al día siguiente hizo entregar la carta á Juana. Ignoraba el efecto que produciría. Esperaba.

## XII

Daniel escribía á Juana:

«Perdóneme usted, no puedo callarme, fuerza es que desahogue mi corazón. Usted no me conocerá nunca. Esta es la confesión de un desconocido que se siente cobarde, que no tiene valor para amar á usted sin decírselo.

»No pido nada, lo único que deseo es que lea usted esta carta, á fin de que sepa que existe, en la obscuridad, un hombre postrado de rodillas, que llora cuando usted llora. Las lágrimas son más dulces cuando se hallan compartidas. Yo que sollozo solo, sé cuán ruda es la soledad para los corazones doloridos.

»No quiero ser consolado, consiento en vivir en mi amargura; mas yo querría hacer de la existencia de usted una felicidad suprema y darle á usted la paz de los amores generosos.

»Y escribo á usted para decirle que la amo, que no está usted sola y que no hay para que deses-  
perar.

» Usted no conoce las amargas alegrías del silencio y de la obscuridad. Parece que yo amo más allá de la vida, y que usted es mía, tan sólo mía, en la celeste inmensidad del ensueño. Y nadie es capaz de penetrar en mi secreto; guardo como avaro mi amor, soy solo para amar á usted y solo para saber que la amo.

» La otra noche me pareció que estaba usted triste. Y no puedo trabajar para la dicha de usted, para usted no soy nada y no me atrevo á suplicarle que viva en el ensueño en que yo vivo. Suba usted más alto, más alto aun; dígame usted que no me verá jamás, y ámeme.

» Y allá arriba encontrará usted el mundo en que yo existo.

» He puesto ambas mis manos sobre el corazón y he intentado sofocarlo. Mi corazón se ha resistido á dejar de latir. Entonces me he postrado ante usted como ante una santa y la he adorado en éxtasis.

» Ya no sé darme cuenta de para qué había nacido. Había nacido para amar á usted, para confesarle á grito herido mi amor, y tengo que callarme, callarme para siempre. Yo querría ser cualquiera de los objetos que á usted sirven, querría ser la tierra que usted pisa.

» Lloro, ya ve usted, lloro de vergüenza y de dolor. Sé que usted sufre, que lucha contra sí misma. Yo estoy aquí solo, tiemblo de angustia, me estremezco al pensar que va usted tal vez á hacer vacilar la fe que me tiene á sus plantas. ¿Comprende

usted, verdad? Tiémblame el corazón, mi religión tiembla.

» ¡Vivía yo tan feliz allá arriba, en mis mudas admiraciones! ¡Qué dicha sería el remontarnos allí ambos y amarnos en el fondo de lo infinito!...»

Y Daniel continuaba por tal modo, repitiendo ideas y frases. Una idea tan sólo henchía su cerebro: amaba á Juana, y Juana iba á amar á otro. Su carta no contenía más pensamiento que éste, expresado en todas las formas, en medio de las súplicas más ardientes. Era como un acta de fe y de amor.

Una que otra vez Juana había recibido billetes perfumados, en los cuales señores cualquiera se ponían á sus pies. Por regla general, al leer las primeras líneas, tiraba tales declaraciones, que ni siquiera la hacían reír. La carta de Daniel le llegó en medio de la tristeza del despertar, cuando la persona que sufre se estremece al volver á ver la luz, y al renovar, por todo un día, su angustia en el punto en que la dejó el día anterior. La joven sintió una emoción inmensa al leer las primeras frases. El papel temblaba en las manos y los ojos se le llenaron de lágrimas.

No fué parte á poderse explicar la sensación de dulzura y de paz que se apoderó de todo su sér. Leyó hasta el fin, sin preguntarse si hacía bien ó mal.

Era que aquella carta cobraba vida en sus manos; hablábale por último el lenguaje de la pasión, le revelaba todo el amor. Juana no leía, creía oír á

aquel amante desconocido, hablándole de sus ternuras con voz entrecortada por los sollozos. Aquel papel se hallaba, á su parecer, empapado en lágrimas y en sangre, sintiendo latir un corazón en cada frase, en cada palabra.

Un estremecimiento atravesóle el pecho y sintióse transportada á los espacios infinitos. Su alma respondía á aquel llamamiento venido de lo alto. Remontábase á ese mundo de quietud y de sosiego desde el cual le llegaba la voz de Daniel. Y se elevaba, y se depuraba por tal modo, en la religión de los castos amores y de las abnegaciones sobrehumanas.

Entonces, avergonzándose de sus cobardías, resolvióse á aceptar aquella soledad en donde ya no se encontraba sola. Habíase apoderado de ella una generosa fiebre y parecíale que á su alrededor se respiraba un hálito amigo que pasaba por su frente con tibias caricias. Por do quiera contaría en adelante con un pensamiento que la acompañaría, que la sostendría en sus desfallecimientos. Podría hacerse llorar, pero sus lágrimas no partirían ya del corazón, pues ahora sentía allí, en su pecho, la paz, la esperanza.

Y decíase con infinito goce que era amada, que su corazón no moriría de lasitud. Parecíale que el mundo se hallaba entonces muy lejos. Veía en el fondo de una especie de noche, á aquellos hombres con trajes negros que iban y venían en su salón, como siniestros polichinelas. Entregábase por entero á aquella visión, á la idea de aquel amante

que gemía lejos de ella, que le mandaba palabras tan apasionadas y consoladoras.

Aquel amante era incorpóreo. Le contemplaba en sueños, sin llegar á precisar los contornos de alma tan querida. Para ella, no era todavía sino el amor. Había venido como un soplo que la había remontado á la luz, y ella se dejaba elevar, sin tratar de conocer la fuerza que así la arrebatava á la plena región de la luz.

Daniel, durante ocho interminables días, no se atrevió á volver á casa de Lorin. Forjábbase mil quimeras, temía encontrar de nuevo á Juana febril y entonces ya no le quedaría más recurso que la muerte.

Decidióse por fin. Jorge sintió una gran alegría al acompañarle. En aquella ocasión tuvieron la fortuna de que Juana se hallase sola. Lorin había sido llamado á Inglaterra para asuntos que le tenían inquieto. La joven les recibió en un saloncito azul, con sonrisas francas y encantadora cordialidad.

Desde la primera mirada, una alegría inmensa había penetrado en el corazón de Daniel. Juana le había parecido transfigurada. Llevaba un vestido blanco de cachemira, y manteníase en pie, con el semblante rebosando serenidad. Los labios no le temblaban ya de fiebre. Adivinábase que la paz se había restablecido en aquella alma.

La joven tuvo por largo rato en su compañía á los dos amigos, tratóles con toda franqueza y mantuvieron los tres una de esas agradables y amenas

conversaciones que hacen que las horas transcurran con rapidez.

Daniel comprendió que no había sido descubierto, y pudo por lo mismo gozar libremente del sosegado semblante de Juana. Adivinaba caricias para el amante desconocido en las inflexiones de su voz, sorprendía las dulces llamaradas de sus ojos y saboreaba un goce infinito en las señales de aquel amor que le pertenecía.

Jurábase darse así por satisfecho. La realidad le espantaba, la idea de hacerse conocer le producía escalofríos, temiendo que Juana hubiese ya dejado de amar.

Mas todo aquéllo se hallaba lejos; absorbíale tan sólo la hora presente. Juana se encontraba allí, en su presencia, tan buena como encantadora, embebecida en el radiante ensueño que él le había enviado, y él se perdía en su contemplación.

Jorge, por su parte, se sentía también embelesado. La joven conversó particularmente con él. Daniel, al hablar, temía salir del sueño que se había forjado. En tanto que permanecía silencioso, Juana hacía preguntas á Jorge sobre sus trabajos científicos, y una dulce simpatía nacía entre ellos.

Fué preciso, por último, dejar el saloncito azul. Ambos amigos prometieron volver. Uno y otro dejaban su corazón en aquel rincón amable y discreto.

Durante tres meses, Daniel llevó una existencia henchida de divinas emociones; andaba como en un sueño; vivía como en otro mundo, más elevado

y más lejos. Todos sus arrebatos habían desaparecido; no gemía ya, nada deseaba y no tenía más anhelo que permanecer siempre en aquel paraíso de un amor ignorado y satisfecho.

No había podido resistir á la necesidad de escribir nuevamente á Juana, y sus cartas revestían entonces tierna serenidad. «Vivamos así,—le decía,—sea yo sencillamente para usted lo que es el hombre ante la divinidad: una plegaria, una adoración, un soplo humilde y acariciador.» A seguida mostrábale el cielo abierto y la desviaba de la indigna tierra.

Juana obedecía á aquel puro espíritu que se había enamorado de una mortal. Aceptábalo como un guardián, como un sostén invisible á quien debía el no ser ya mala.

Daniel iba con frecuencia á casa de la joven, y disfrutaba de un señalado placer en la extraña situación que se había creado. Después de cada carta, iba á leer en el semblante de Juana las emociones que había experimentado.

Estudiaba con arrobamiento los progresos que el amor hacía en ella. El no pensaba en el despertar. La amaba, era enteramente suya y esto le bastaba. Si llegase á darse á conocer, si desgarrase el velo, retrocedería quizás. Continuaba siendo el niño tímido, de sensibilidad exquisita, que tenía miedo á la claridad del día. El único amor que pudo convenirle, era aquel amor secreto que no le obligaba á dudar de sí mismo.

Ahora rogaba á Jorge que le acompañase á casa de Juana. No era ya osado á quedarse á solas con

ella, se habría puesto á balbucear y á ruborizarse, en la creencia de que leía en su interior. A más, cuando Jorge se hallaba allí, podía aislarse; su amigo conversaba con Juana, en tanto que él soñaba con su amor.

Durante estos tres meses, Jorge, resistiéndose y todo, dejöse llevar hasta amar á la joven, con esa pasión intensa de los caracteres reflexivos.

Ocultó á todo el mundo el estado de su corazón, hasta á Daniel, y sobre todo á Juana. Cuando descubrió la verdad, ya no era tiempo de huir. Entonces se rindió y le faltó valor para renunciar á su amor primero; continuó, pues, concurriendo al saloncito azul, pasando allí horas deliciosas, sin atreverse á indagar en sí mismo cuál sería el desenlace.

A veces Juana le miraba al rostro con toda fijeza. Parecía querer penetrar hasta lo más hondo de su sér, en busca de un pensamiento oculto. Ante aquella mirada interrogadora, él se turbaba, viendo entonces aparecer en los labios de la joven la sombra de una sonrisa tierna y discreta.

Un día, al presentarse ambos amigos en su casa, les fué comunicada una inesperada noticia. Lorin acababa de morir repentinamente en Londres. Volviéronse en extremo emocionados. No podían llorar á Lorin; pensaban tan sólo en que el saloncito azul iba á serles cerrado. Aquel fallecimiento, que devolvía la libertad á la mujer á quien amaban, les ocasionó más temor que esperanza; estaban tan bien hallados del modo que se encontraban, que temían

todo cambio que alterara las costumbres de su corazón.

No se hicieron uno á otro ninguna confidencia. Llevaban vida común; mas ahora cada uno de ellos tenía un secreto, y posponían para lo más tarde posible su mútua confesión.

Dejaron que transcurriesen algunas semanas y luego se aventuraron á volver á casa de Juana. Nada les pareció cambiado. La joven, algo pálida, les recibió con su cordialidad de costumbre, presentándose tan sólo más reservada por lo tocante á Jorge. Aquel día, Daniel fué quien se vió en la precisión de hablar.

Lorin, á consecuencia de operaciones desastrosas, dejaba á su mujer casi arruinada. El señor de Rionne, que vivía en casa de su hija, como parásito, vió el cielo abierto al saber la muerte de su hijo político. Había acabado por concebir una sorda irritación contra aquel hombre que defendía acérrimo su fortuna; nunca pudo arrancarle un sueldo, sin encontrar otra cosa en su casa que el techo y la mesa. Cuando Lorin hubo muerto, pidió sin rodeos dinero á Juana, y ésta le abandonó de la mejor gana los restos de aquella fortuna que le pesaba, no reservando para sí sino lo estrictamente necesario.

Daniel, que llegó á enterarse de aquellos detalles, concibió todavía más amor por Juana. Su figura tomaba de día en día, á sus ojos, mayores proporciones, y se felicitaba de ver á la postre cumplido el mandato de la muerta. Una noche, acometiéndole de nuevo la fiebre, le volvió á escribir,

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1826, 1828 MONTREY, MEXICO

Quedóse como quien ve visiones cuando al día siguiente recibió un billete de Juana llamándole. Salió sin participarlo á Jorge, y anduvo el camino como loco, zumbándole la cabeza.

La joven no vivía ya en la suntuosa habitación que había ocupado con su marido. Vivía ahora en el segundo piso de una casa de apariencia modesta. Recibió á Daniel en una salita clara, humildemente amueblada.

No se dió siquiera cuenta de su espantado semblante. Hallábase como sofocado, sin poder dar con la menor palabra.

Cuando le hubo mandado sentar, le dijo con conmovedora familiaridad:

—Usted es mi mejor amigo, mi único amigo. Siento en el alma haber desconocido por tanto tiempo su corazón. ¿Me perdona usted?

Tomóle la mano y le miró con humedecidos ojos. Y luego, sin dejarle tiempo para contestar, prosiguió:

—Usted me ama, lo sé. Tengo un secreto que confiarle y un favor que pedirle.

Daniel palideció por completo. Su desdichado encogimiento iba de nuevo á apoderarse de él. Imaginóse que la joven lo había adivinado todo y que se hallaba á punto de hablarle de sus cartas.

—La escucho á usted,—balbuceó con voz ahogada.

Juana se ruborizó ligeramente, titubeó, y en tono rápido:

—De muchos meses á esta parte estoy recibiendo

cartas. Usted debe de saber quién me las escribe, y he contado con usted para que me diga la verdad.

Daniel se sentía desfallecer. Una oleada de ardiente sangre le había subido al rostro.

—Usted no contesta,—prosiguió la joven,—no quiere usted vender la confidencia de un amigo... Pues bien, en este caso hablaré yo: esas cartas son del señor Jorge Raymond... No diga usted que no. Lo sé todo. Tengo leído su amor en sus miradas; he indagado á mi alrededor, y he deducido que nadie más que él ha podido así escribirme.

Detúvose, buscando palabras. Daniel, anonadado, la miraba con los ojos fijos.

—Le considero á usted como á un hermano,—prosiguió con mayor lentitud.—He querido confesarme á usted. Todavía su amigo me escribió ayer. No tiene para qué continuar, ya sus cartas son ahora inútiles. Se lo repito á usted, lo sé todo: semejante juego resultaría ya cruel y hasta ridículo. Diga usted á su amigo que venga.,. Venga usted con él.

Y sus conmovidas miradas acabaron su confesión. Juana amaba á Jorge.

Daniel, helado, había dado de repente con una serenidad terrible. Parecíale que el alma se le había ido y que su cuerpo tan sólo continuaba viviendo.

Con sosegada voz, habló de Jorge con Juana, y se comprometió á desempeñar aquel papel de hermano que le confiaba.

Luego encontróse en la calle y volvió á su casa.

Entonces la bestia humana se despertó en el fondo de su sér y le acometió una espantosa crisis de desesperación y de locura.

Daniel se sublevaba por último. Su cuerpo sollozaba y su corazón se resistía al sacrificio. No podía decidirse á desaparecer por tal modo. Habíase siempre anulado, había vivido á la sombra, condeñándose al silencio. Mas le era preciso una suprema recompensa, no se sentía con la virtud suficiente para sacrificarse más aun, para morir, sin quejarse á grito herido de sus afectos y de sus abnegaciones.

¡Cómo! ¡había podido engañarse á sí mismo hasta tal punto! Mofábase de sí propio de rabia y de vergüenza. Durante largos meses había gozado como egoísta de un amor que no le pertenecía; habíase perdido en la contemplación y en la adoración de Juana; y el corazón de Juana rebosaba con el amor de otro. Volvía á verse en el saloncito azul, estudiando el rostro de la joven y tomando para sí las miradas afectuosas, las tiernas sonrisas; hacía memoria de sus arrobos, de sus esperanzas, de sus confianzas sin límites.

¡Mentira todo, juego cruel, engaño atroz! Las miradas afectuosas, las tiernas sonrisas eran para Jorge; á él era á quien amaba Juana, él era quien la convertía en dulce y buena. Bien lo había dicho ella: «He buscado en torno mío y me he persuadido de que Jorge era el único que pudiese escribirme y amarme así.» En cuanto á él, Daniel, no existía; no era allí más que un simple comparsa. Ha-

bíasele robado su abnegación, su amor; siguióse despojándole aún, y nada le quedaba ya; quedábanle tan sólo lágrimas y soledad.

Y era él á quien elegía Juana para confesarle sus amores, era á él á quien encargaba de darla á otro. Faltábale tan sólo aquel sufrimiento, aquella última burla. Creíase, pues, que era demasiado feo, demasiado infeliz para tener un corazón; servíanse de él como de una máquina abnegada, no se sospechaba siquiera que aquella máquina pudiese vivir y amar por su propia cuenta.

Por lo tanto él no viviría jamás, jamás sería amado. El recuerdo de la señora de Rionne hallábase lejos en aquel instante. Daniel estaba ya harto de su papel. Siempre hermano, amante nunca; aquella idea le trastornaba la cabeza.

La crisis duró largo rato. El golpe había sido demasiado rudo, demasiado imprevisto. Jamás habría podido creer que Jorge y Juana se entendiesen para hacerle sufrir así. No amaba en el mundo más que á ellos, y hé aquí que ambos le martirizaban. ¡Era tan dichoso el día anterior! Aquel año que acababa de transcurrir le había proporcionado las únicas alegrías que había podido disfrutar en este mundo. Se le empujaba desde lo más alto y se destrozaba al caer. ¡Y las manos que le precipitaban eran las de Jorge y las de Juana!...

A ratos se tranquilizaba; luego los sollozos le volvían á ahogar; una rebeldía le impulsaba á concebir ideas de crimen, ardientes y tumultuosas.

—¿Qué era lo que iba á hacer?—se preguntaba,

La furiosa bestia que se agitaba en su interior, se volvía rabiosa contra sí misma, sin saber contra quién arrojarse.

Entonces un bochorno inmenso se apoderó de él; postrábase inerte y lloraba lágrimas más dulces. Su carne guardaba silencio y oía tan sólo los lentos y melancólicos latidos de su corazón, que se quejaba en voz queda, en espera de que la crisis de la sangre y de los nervios hubiese pasado.

Daniel corrió las cortinas; la claridad le hacía daño. Después, en aquel silencio, permaneció inmóvil, con los ojos del todo abiertos en las tinieblas. Sus lágrimas no brotaban ya y sus calenturientos escalofríos habían desaparecido. Dejaba que la paz y tranquilidad se enseñoreasen de él.

¿Quién sería capaz de analizar lo que pasaba en el interior de aquel sér? Daniel se arrancó de la humanidad, para remontarse al cielo del amor, infinito y absoluto. Allá arriba encontró todas las bondades, todas las abnegaciones. Una gran dulzura penetraba en él, parecíale que su cuerpo se hacía más sutil y que el alma le daba gracias al liberarla por tal modo. No reflexionaba, dejábase llevar, pues comprendía que el verdadero amor se aposentaba en él, para llevar á cumplimiento una gran obra.

Y cuando la obra quedó cimentada, Daniel se puso á sonreír tristemente. Muerto quedaba para todas las locuras de este mundo. Ahora que la materia estaba vencida, sentía que el alma no tardaría en emprender el vuelo.

Poco á poco la imagen de la señora de Rionne se le había vuelto á ofrecer, y sentíase dispuesto á cumplir la voluntad de la difunta. Sus profundos y claros ojos veían con precisión los hechos, el corazón le impulsaba á cumplir el sacrificio.

Se levantó y fué á avistarse con Jorge.

Acercóse á él sonriendo placentero, sin que le temblara la mano al estrechar la de su amigo. Nada hablaba ya en su llagado cuerpo. Habíase convertido todo en alma.

Sabía que Jorge amaba á Juana con verdadera pasión. El velo se había desgarrado y se daba cuenta de mil hechos insignificantes, cuyo sentido no había llegado á acertar. Habló, pues, con toda certidumbre, con voz apacible y afectuosa. Disponíase por sí mismo á acabar de matar su amor.

—Amigo mío,—dijo á Jorge,—ahora puedo ya confesarte el secreto de mi vida.

Y le refirió punto por punto su historia de abnegación, con sencillo acento. Díjole que había sido el padre, el hermano de Juana. Recordóle sus repentinas ausencias, durante la estancia de ambos en el callejón de Saint-Dominique-d'Enfer, su papel como secretario en casa de Tellier y su martirio al casarse su hija querida con Lorin. Explicólo todo por su agradecimiento hacia la señora de Rionne; presentóse como guardián desinteresado, como protector que cumplía su misión sin debilidades humanas.

Después, con tierna alegría, continuó:

—Hoy mi misión queda terminada. Voy á casar á mi hija, voy á entregarla á un corazón digno, y



ya no tendré que hacer sino retirarme... ¿No aciertas á quién he elegido?

Jorge, que había escuchado á su amigo con emoción intensa, sintióse acometido de súbito temblor de alegría.

—Da fin á mi tarea,—continuó Daniel.—Dale cuantas felicidades merece. Te lego mi misión. Amas á nuestra querida Juana y tú eres quien debe serenar y consolar el alma de la pobre muerta... Mi hija te está esperando.

Jorge se echó en sus brazos. No le era posible hablar. Daniel le parecía, en realidad, el padre de la joven y le contemplaba con admiración y respeto, pues adivinaba en él un aliento más que humano.

Daniel se admiraba de no sufrir más. Encontraba verdadera dulzura en su mentira sublime. Habló á Jorge de las cartas que había dirigido á Juana, mas por modo vago. Su corazón ya no latía, y apartaba de sí aquellas abrasadoras páginas, de las que ni él mismo se había dado verdadera cuenta.

Jorge nada sospechó. Entregóse á una alegría infantil. El amigo de Daniel era sobrado cariñoso y demasiado tranquilo, para que pudiese sospechar la terrible crisis que acababa de destrozarle el corazón.

Entonces habló con adoración de Juana. Juró á Daniel que la haría dichosa y le trazó un vivo cuadro de las felicidades que disfrutaría con ella. Insistía hablando de su dicha, pintándola con términos más apasionados. Daniel le escuchaba sonriendo.

Temía, sin embargo, carecer de la suficiente fuerza para asistir al sacrificio. Así que hubieron hablado, dijo á Jorge:

—Ahora que todo ha concluído, me retiro á descansar. Me vuelvo á Saint Henri.

Mas como Jorge clamara contra esta determinación, pues quería que tomase parte en su felicidad, agregó:

—No, os molestaría. A los enamorados les gusta la soledad. Dejadme marchar. Ya iréis á verme.

Al día siguiente partió. Sentía en el pecho una gran debilidad, y todo su sér se aniquilaba en una dulzura mortal.